Georg Trakl

Poemas

DECADENCIA

Al anochecer cuando convocan las campanas a la paz,
sigo los vuelos prodigiosos de las aves,
que en larga bandada, a modo de piadosa peregrinación,
se pierden en la diáfana lejanía del otoño.

Mientras deambulo por el jardín en penumbra
mi sueño acompaña sus más claros destinos,
y casi no advierto moverse la aguja del reloj.
Así sigo su ruta por sobres las nubes.

De súbito me estremece un soplo de decadencia.
El mirlo se lamenta entre las deshojadas ramas.
Rojos racimos se balancean contra las herrumbrosas verjas,

al tiempo que, como niños pálidos que hacen ronda a la muerte,
alrededor de oscuros brocales que se desmoronan,
ásteres azules se doblan trémulos al viento.

HUMANIDAD

Humanidad enfrentada a bocas de fuego,
un redoble de tambor, frentes de oscuros soldados,
marchas a través de brumas de sangre; resuena el negro hierro;
desesperación, se hace la noche en los tristes cerebros:
he aquí la sombra de Eva, cacerías y el rojo dinero.
Nubes, la luz se abre paso, la Última Cena.
Habita en el pan y el vino un tierno silencio.
Y aquellos están reunidos en número de doce.
De noche gritan en sueños bajo las ramas del olivo;
Santo Tomás hunde la mano en la llaga.

MI CORAZÓN HACIA EL ANOCHECER

Al anochecer se oye el grito de los murciélagos,
dos negros caballos brincan por el prado,
el murmullo del arce colorado.
Ante el caminante surge la pequeña posada del camino.
Delicioso es el sabor del vino nuevo y de las nueces,
delicioso el vértigo de la embriaguez en el bosque que oscurece.
Por entre las negras ramas suenan campanas dolientes,
gotas de rocío caen sobre el rostro.

EL ALMA DE LA VIDA

Caducidad, que envuelve en blandas sombras el follaje,
su dilatado silencio vive en el bosque.
Al pronto una aldea parece inclinarse fantasmal.
Entre las negras ramas musita la boca de la hermana.

No ha de tardar mucho en partir el solitario,
acaso un pastor por senderos oscuros.
Sale con sigilo un animal de la arcada de árboles,
en tanto que amplios se abren los ojos ante la divinidad.

Es hermoso el descenso del río azul por su cauce,
un cúmulo de nubes aparece en el crepúsculo;
también aparece el alma en un silencio angélico.
Se van extinguiendo las imágenes perecederas.

LAMENTO

Sueño y muerte, las tétricas águilas
zumban toda la noche en torno a esta cabeza:
que la dorada imagen del hombre
sea tragada por la onda glacial
de lo eterno. Contra espantosos riscos
se estrella el cuerpo purpúreo.
Y se lamenta la oscura voz
sobre el mar.
Hermana de tempestuosa pesadumbre,
observa cómo se hunde una barca medrosa
bajo estrellas,
ante el semblante callado de la noche.

GRODEK[1]

Al anochecer retumban en los bosques otoñales
las armas mortíferas, en las llanuras doradas
y en los lagos azules, por los que un sol
sombrío rueda. La noche envuelve
a los guerreros moribundos, el salvaje lamento
de sus bocas despedazadas.
Pero sigilosamente confluyen hacia el pastizal
rojas nubes en las que mora un Dios colérico,
la sangre derramada y un frio lunar;
todos los caminos llevan a la negra podredumbre.
Bajo el ramaje de oro de la noche y las estrellas
se tambalea la sombra de la hermana por la
floresta silenciosa,
para saludar a los espíritus de los héroes, a las
cabezas sangrantes;
mientras suenan quedas en los juncos las oscuras
flautas del otoño,
¡oh, dolor arrogante! ¡Altares de bronce!
La ardorosa llama del espíritu se alimenta hoy de
un dolor más tremendo:
los nietos no nacidos.

[1] Ciudad de Polonia donde en el frente de la primera guerra mundial, Trakl actuaba como farmacéutico en la sanidad del ejercito austriaco.

MELANCOLÍA DEL ANOCHECER

El bosque que va creciendo muerto...
y a su alrededor hay sombras como setos.
Trémulo abandona el venado su refugio,
al tiempo que un arroyo se escurre quedamente

y persigue helechos y piedras antiguas
y luce como plata entre guirnaldas de hojas.
No tarda en oírsele en negros barrancos...
Es probable que ahora brillen estrellas.

La oscura llanura parece ilimitada,
aldeas dispersas, pantano estanque,
y algo que aparenta ser una hoguera.
Un frío resplandor corre por las calles.

Se vislumbran movimientos en el cielo,
emigra una legión de aves silvestres
hacia las hermosas comarcas diferentes.
El ondulante junco sube y baja.

A LOS QUE ENMUDECIERON

Oh locura de la gran ciudad cuando al anochecer
junto a un negro muro miran atónitos árboles contrahechos,
con máscara de plata observa el espíritu maligno,
la luz con su magnético látigo expulsa a la pétrea noche.
Oh el repicar sumergido de las campanas vesperales.

Entre helados estremecimientos una ramera da a luz
a un niño muerto.
Violentamente azota la ira de Dios la frente del poseso,
peste purpúrea, hambre que despedaza ojos verdes.
Oh la espantosa carcajada del oro.

Pero en sombría caverna sangra tranquila una
humanidad muda
y construye con duros metales la cabeza redentora.

libros
amateur